

Año: 2009

Madrid, A-3, km.14

Suplemento del Cuaderno núm. 160 de CiJ - (n. 196) - Marzo, 2009
R. de Llúria, 13, 08010 Barcelona - tel. 93 317 23 38, fax 93 317 10 94
info@fespinal.com - www.fespinal.com

Colindante con la autopista, junto al vertedero de Valdemingómez, entre basura, barro, socavones y escombros, se extiende una zona de chabolas e infraviviendas a la que se ha desplazado el mercado de la droga a raíz del desmantelamiento de Las Barranquillas, Pitis y el Salobral. En este lugar, y en un ambiente desolador de cuarto mundo especialmente degradado, viven personas.

La sordidez de la miseria adquiere un tono espectral con la presencia de la droga. Drogadictos como cadáveres vivientes buscan mercancía, se pinchan o deambulan dando tumbos. Los más deteriorados y enfermos, que ya no tienen fuerzas para desplazarse a Madrid y han ido a vivir allí para morir allí, son utilizados como “machacas” (esclavos) por los traficantes para vigilar sus casas, avisar de la llegada de la policía y otros

trabajos. Cada punto de venta es identificable por una hoguera, que servirá para destruir pruebas quemando en ella la droga en el momento en que se presente la policía. Se han contabilizado hasta veinticinco, cantidad que previsiblemente irá en aumento con la misma rapidez con que ha crecido su número en los últimos meses.

La parroquia, que atiende entre otros colectivos a la población inmigrante

asentada en la zona, se encuentra en una explanada donde la presencia de restos de fuego y basura no permite olvidar la dura realidad que la rodea. Humo y vapores, que en verano se hacen bien visibles, emanan de un vertedero ilegal a escasos veinte pasos, uno de tantos que van apareciendo junto al autorizado. Con enormes dosis de paciencia y perseverancia, y entre recurrentes alusiones a Sísifo, se intentará una y otra vez controlar el avance de la basura que, como si tuviera vida propia, tiende a invadir todo el espacio.

Junto a la pequeña iglesia, una cruz de metal destaca a la intemperie. La de madera, fabricada con traviesas de vigas del tren, fue convertida en leña, y para evitar que ésta sea arrancada y vendida como chatarra, ha sido clavada al suelo con una firmeza que sobrecoge.

Y ocurre que al llegar allí, y de pronto, todo se sitúa y recoloca bajo el manto de esa cruz. Repentinamente, la cruz: una cruz que habla por sí misma, que condensa y expresa sin palabras todo lo visto desde que se deja atrás la autopista. Bajo esa cruz, junto a esa cruz, al abrigo, al amparo, a la sombra de esa cruz, se está allí, se trabaja allí.

Los niños nos ven y nos llaman. Corren hacia nosotros, nos abrazan, nos achuchan, y los mismos que momentos antes recorriamos aquel paraje con mirada nunca acostumbrada, resurgimos no se sabe cómo en una inexplicable explosión de abrazos, risas y besos. Los brazos se nos llenan de niños, y la mirada de sonrisas de mujeres y saludos de hombres. Cada uno se pone a lo suyo y a los suyos, y un niño tuerto, entusiasmado y riendo, nos dice alzando los brazos en busca de un abrazo: «¡He sacado un 20 en religión!». Y alguien le

responde: «¡Ah!, tú es que vas para Papa».

Acercarse a estos niños y acariciarlos es percibir el olor de la miseria. Parte el alma oírles cantar: «Señor, ten piedad de nosotros» y «Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha».

Para quien tiene que vivir el día a día en tan durísimas condiciones, la vida cotidiana se convierte en una inmensa dificultad, pues a las carencias higiénicas, sanitarias y educativas, a los efectos del barro, el agua, la basura y las ratas sobre la normalidad de la vida y la salud, se añaden otras penalidades como las circunstancias en que se ven obligados a desplazarse, extremadamente duras y peligrosas por lugares sin protección frente al tráfico; o el riesgo permanente de electrocución e incendio en el interior de las chabolas, debido al muy deficiente cableado eléctrico doméstico (como recientemente ha ocurrido en otro poblado chabolista, con la muerte de dos niños). Cualquier circunstancia adversa, que para nosotros se presenta aliviada por todo tipo de recursos y soluciones a nuestro alcance (un niño con fiebre alta o con un hueso roto), se vive allí en condiciones de máxima precariedad. Y actividades habituales pueden convertir la vida en un drama aún mayor, si tenemos en cuenta peculiaridades de su vida cotidiana tales como el terreno donde juegan los niños sembrado de jeringuillas y excrementos humanos. Y es que estos niños conviven todos los días y a todas horas con toxicómanos a los que ven buscándose las venas encallecidas o con la aguja puesta llena de sangre.

«¡Son sucios, son sucios los ‘drogaos’!», nos dice un niño. Y una franciscana: «También los drogaos son seres humanos. A ver tus manos». El niño

muestra inocente sus palmas y... se echa a reír, seguido por todos los que estamos allí, incluida su madre.

En Madrid ya habíamos olvidado las últimas tormentas, pero ellos continuaban sufriendo las consecuencias de una lluvia que allí provocó auténticas inundaciones. Aquel niño, que sentadito no llegaba con los pies al suelo, todo él embarrado, coloreaba de una forma muy especial un dibujo sin levantar la mirada del papel: sólo un trocito e insistiendo siempre en ese mismo trocito. Con sus cinco años y el tamaño de un niño de dos, está ya señalado por las marcas que la pobreza (misericordia ya) graba sobre el desarrollo físico e intelectual.

Vuelvo con los zapatos llenos de barro, pero a mi casa limpia y seca, mientras que ese niño dormirá en su chabola de tablones y uralita, peligrosa y húmeda, que su madre se afanará por mantener limpia. Protegerá y adornará sus paredes con colchas, paños o cualquier otro trapo que haya podido encontrar, la decorará con flores de plástico y, como en un milagro, conseguirá que resulte acogedora.

Este niño, como otros muchos, vive entre drogadictos terminales y entre basura. Su barrio es el vertedero de Madrid.

«ALLÍ VIVEN PERSONAS». CUATRO REFLEXIONES PARA ACOMPAÑAR AL TEXTO ANTERIOR.

1. Hoy hablamos de crisis económica: pero la existencia de tantas realidades como La Cañada nos obliga a decir que esa crisis no sobrevino en el 2008 sino que estuvo siempre ahí. Y seguirá habiendo crisis por mucho que crezcan las cifras y los indicadores económicos, mientras las fortunas y las ganancias desahoradas de unos pocos, no estén tan mal vistas y tan prohibidas como el crimen, o el narcotráfico o la trata de blancas. Es hora de recordar una frase que estuvo muy vigente en la lucha final contra el franquismo: «mi libertad no será verdadera libertad si no es libertad de todos y para todos». ¿Por qué habremos olvidado esa gran verdad que entonces tanta fuerza nos dio? «The answer my friend is blowing in the wind...».
 2. Hace poco hemos celebrado la pascua militar. Si, como se nos dice, nuestro ejército está para ayudar a los maltratados y defender los derechos pisoteados de quienes no pueden valerse para ello ¿no sería cuestión de que el año próximo se celebrara esa fiesta allí mismo, en La Cañada Real? Sólo entonces, hablar del vestido (y de las espléndidas palabras) de la ministra de defensa, tendría sentido y dejaría de ser una estúpida frivolidad.
-

3. Zapatero nos dio una sorpresa creando un ministerio para la igualdad. Es legítimo preguntar qué demonios hace la titular de esa magnífica tarea, cuando se contemplan desigualdades como la de La Cañada. También, a propósito del debate sobre la financiación autonómica, el PP se ha llenado la boca exigiendo la igualdad entre todos los españoles y negándose a cualquier desigualdad. ¿Cómo es posible que su discurso no se extendiera primariamente a desigualdades como la que pone de relieve La Cañada Real (y las mil otras cañadas dispersas por toda nuestra piel de toro)?
4. En un mundo como el nuestro tan poblado de Cañadas y de Gazas, Somalias, Congos y demás atrocidades, hay dolores cuya mera publicidad resulta impúdica. Todos pudimos ver al piloto Carlos Sainz renegando indignado tras la mala suerte (una vez más) de un accidente que le impidió ganar el nuevo Dakar. Si se atiende sólo al mundo del deporte y a las repetidas malas suertes del piloto, ese lamento puede ser muy comprensible. Pero si no se aísla el episodio del contexto mundial en el que ocurre (y nos parece que sería inmoral aislarlo), entonces la exhibición del lamento de Carlos Sainz, al lado de las lágrimas de los niños y mujeres de Gaza o del Congo, resulta sencillamente obscena. Mientras nuestro mundo sea lo que es hoy, mientras los poderosos se preocupan tan poco de mejorarlo y tanto de su propio poder y carrera política, estos dolores de buenos vividores no deberían tener presencia pública.
5. ¿Qué es más importante para cualquier ciudad que se precie: eliminar vergüenzas como las de La Cañada o tener olimpiadas y mil obras faraónicas? ¿Han estado en La Cañada el alcalde de Madrid y la presidenta de la comunidad?

Sentimos que, por decir esto desde Barcelona, pueda tomarse como una falta de apoyo y de aprecio a la idea de Madrid ciudad olímpica. No es así en absoluto: a su tiempo criticamos algunas políticas encaminadas con descaro a «poner guapa» a Barcelona cuando las olimpiadas. Parecidas críticas se hicieron en torno a los recientes juegos olímpicos en Beijing. Más bien quisiéramos y agradeceríamos que Madrid fuese la primera ciudad en dar ejemplo de solidaridad, comprendiendo que es mucho mejor ser ciudad sin cañadas reales, que ciudad olímpica. Esto, curiosamente, estaría mucho más en consonancia con lo que se nos dice ser el espíritu de los juegos olímpicos. Estos “paralímpicos” de las cañadas reales de todo el mundo, también merecen un poco de atención.

Cristianisme i justícia
Marzo 2009